

CASEY, James: *España en la Edad Moderna. Una historia social*, Madrid, Biblioteca Nueva-Universitat de València, 2001, 397 págs., ISBN: 84-7030-949-8 y 84-370-5236-X.

Publicado originalmente por la editorial Routledge en 1999, el trabajo de James Casey está muy lejos de ser, como él mismo nos recuerda en su introducción a la edición española, «un libro de síntesis» de historia de España «destinado a un público inglés». En nuestra opinión, *España en la Edad Moderna* es mucho más que todo eso. Se trata de una sólida y oportuna investigación sobre un momento crucial de nuestro pasado, donde los españoles de hoy son advertidos de la diversidad de voces, paisajes y comportamientos que coexistieron en la España de ayer.

Para todos los que nos dedicamos a la historia de España de los siglos XVI, XVII y XVIII, James Casey no es ningún desconocido. Alumno de John Elliott en la Universidad de Cambridge durante las décadas de los setenta, Casey se dio a conocer en el mundo académico español con una sugerente tesis doctoral sobre la estructura social y política del reino de Valencia en el siglo XVII. Posteriormente se ocupó de la historia de la familia en Europa y el Mediterráneo, sin descuidar por ello sus estudios sobre la minoría morisca, el pensamiento político de Cerdán de Tallada y la identidad de los valencianos hasta finales del siglo XIX, temas todos estos a los que ha dedicado una serie de artículos imprescindibles.

La obra que aquí reseñamos, traducida por el historiador valenciano Manuel Ardit, es la consecuencia lógica de la que es una brillante carrera investigadora y docente en la Universidad de

East Anglia. Estructurado en diez capítulos, los presupuestos metodológicos del libro de Casey huyen de la construcción de modelos y comparaciones propias de la sociología histórica (Charles Tilly, Perry Anderson y Michael Mann) y la historia social de cuño marxista (Eric J. Hobsbawm, George Rudé y E. P. Thompson). Pero ello no le ha permitido al autor elaborar un sólido texto en articulación, composición y narración, donde E. A. Wrigley, Peter Laslett, Pierre Vilar y lo mejor de la Escuela de *Annales* se conjuga con la historia política e intelectual que profesa el grupo de investigadores formado en torno a Elliott, éste último muy sensible al «linguistic turn» impulsado por Quentin Skinner y John Pocock.

En los cuatro primeros capítulos se analizan los «obstáculos estructurales» (baja densidad de población, sangría demográfica por la emigración —forzosa o voluntaria— a América, el norte de África y las regiones peninsulares menos deprimidas tras la crisis económico-social del siglo XVII, pobreza de la red viaria nacional, etc.) que mantuvieron a los reinos de la Monarquía Hispánica en una situación de «frontera» y mal integrados entre sí durante todo el período moderno. Aunque la Península Ibérica siempre tuvo notables desventajas derivadas del medio físico (casi siempre tuvo que importar trigo de Sicilia y los países del Báltico), fueron las relaciones sociales y políticas las responsables de la «tibetanización» económica y cultural de España. A diferencia de Francia e Inglaterra,

la defensa de los intereses dinásticos en Europa creó en España un «feudalismo no pleno» que estaba más enraizado en las «fuerzas vivas» de la comunidad. Así, si para el historiador político la corrupción fiscal y las ventas de oficios se perciben como señal de decadencia, de debilidad del Estado, para el historiador social son símbolo de todo lo contrario.

Los capítulos que van del quinto al séptimo se encuadran en el marco teórico señalado, y demuestran que la dicotomía sociedad-estado no resulta útil si de lo que se trata es de analizar la naturaleza del feudalismo español. Es mucho más operativo y preciso hablar de comunidades y reinos. Las tintas hay que cargarlas en la evolución de tales términos y en la naturaleza dual que plantean sus representantes políticos. Estamos ante una serie de capítulos donde se reduce la mirada del análisis. La visión macro de los cuatro primeros capítulos es sustituida por una visión micro en la línea descrita por Jaime Contreas en su estupendo *Sotos contra Riquelmes* (1992). Tal bagaje metodológico le ha permitido a Casey analizar las relaciones entre gobernantes y gobernados, sus estrategias de adaptación al sistema político-social y la integración de los «ciudadanos» en lo que él denomina «la cultura del honor», una especie de fortalecimiento de la idea medieval de linaje.

Los últimos capítulos del libro narran la extraordinaria violencia que existía en el agro y las ciudades españolas (ésta última superó a algunas ciudades europeas con mayor volumen de población), la laxitud de las costumbres religiosas de sus habitantes después del

Concilio de Trento (1545-1563), el control de la natalidad por medio de métodos anticonceptivos y el elevado número de hijos ilegítimos. Estamos ante una sociedad polarizada, deprimida y descontenta con la gestión político-administrativa de sus gobernantes. No obstante, la sociedad española fue incapaz de canalizar toda esta protesta y derrocar al absolutismo. La existencia de una importante cultura civil o ciudadana sería la responsable última del respeto a la ley, el orden y la familia.

Sin negar el atractivo que tienen todas estas observaciones, hay que indicar que Casey no dice nada de los españoles que, forzosamente o no, acabaron viviendo fuera de la Península Ibérica, mezclándose con la población autóctona del norte de África (Bartolomé Bennassar, Bernard Vincent), América (Charlotte de Castelneau, Jean-Paul Zúñiga) y Asia (Pascale Girard, Manel Ollé). Todo ello que hace sus reflexiones sólo sean válidas para la geografía española, y no así para el vasto conjunto de reinos que componían la Monarquía Hispánica en esta época.

En cualquier caso, *España en la Edad Moderna* es una sólida síntesis sobre la naturaleza del feudalismo peninsular de los siglos XVI, XVII y XVIII, pese a que su autor dedica menos atención a la última centuria que a las dos primeras, única en su género si exceptuamos algunos trabajos de Antonio Domínguez Ortiz, y donde lo local se conjuga con lo general gracias al diálogo vivo que viene manteniendo Casey con lo más granado de la historiografía europea del siglo XX.

---

José Antonio Martínez Torres  
Instituto de Historia, CSIC